

postela un cuerpo santo y milagroso que los españoles reverencian despues de tanto tiempo como reliquias del Apóstol Santiago el Mayor (a). Alfonso edificó allí una iglesia en honor de este Apóstol; y como su piedad igualaba á su valor, levantó otras muchas, siendo la principal la de Oviedo, en la cual depositó el arca famosa que contenia las reliquias que desde el tiempo de la invasion de los sarracenos se llevaron consigo los antiguos cristianos de España, mirándolas todos como la salvaguardia de sus nuevos Estados. Estableció su corte cerca de este depósito sagrado, y así fué el primero que puso su residencia en Oviedo.

En Oriente distaba mucho la corte de presentar tan edificantes ejemplos; porque al escándalo del adulterio y de una torpeza desenfrenada, se unieron el de la perfidia, el de la rebelion y el del parricidio. Irene, que elogiaba públicamente la pasion del emperador su hijo, no cesaba de quitarle el crédito á escondidas ni de robarle el afecto de sus oficiales. La máscara de devocion y desinterés con que diestramente se encubria, la suministró medios de levantar un partido contra un príncipe poco hábil, mal servido y en un todo entregado á sus locos amores. Formóse lentamente la conspiracion, y se egecutó con prontitud: de repente arrestaron al emperador y le dejaron ciego sacándole los ojos con tanta violencia, que murió el 19 de agosto de 797 (1). Irene salió de su palacio con los cabellos sueltos, derramando arroyos de lágrimas, y ofreciendo vengar la muerte de su hijo. Para ganar al pueblo por otro camino mas seguro que sus equívocos pesares, le libertó de los impuestos, y de nuevo fué proclama-

(a) Nuestros lectores no estrañarán este lenguaje, pues recordarán es de un estrangero: les remitimos por lo tanto á la disertacion ya citada. Véase el apéndice al tomo primero de esta Historia, pág. 825.

(N. del C.)

(1) Theoph. ann. 7 pag. 398.

da emperatriz. Llamó los monges que habian sido desterrados por haber defendido la fidelidad conyugal; y San Platon y San Teodoro fueron mas venerados que nunca, pero al momento huyeron de los honores y se restituyeron apresuradamente á su soledad. Tuvieron poco despues que abandonar el monasterio de Saccudion para librarse de los insultos de los musulmanes, que hacian correrías hasta las puertas de Constantinopla. La emperatriz y el patriarca pidieron por favor á Teodoro que se estableciese en la misma ciudad y en el monasterio de Estudio, así llamado por su antiguo fundador Estudio, que era patricio y cónsul. Principiaba á restablecerse esta casa arruinada en la persecucion de Coprónimo, pero no contaba mas que doce monges. Llevó Teodoro sus discípulos que ascendian al número de mil, y formaron la mas célebre comunidad de aquella corte, dando al santo abad el sobrenombre de Estudita. Recelando San Platon que le obligasen á volver á tomar al menos en parte el gobierno de una institucion tan importante, abrazó la vida de recluso; y con una humildad que traspasaba el corazon, este anciano encanecido en los ejercicios de la vida perfecta, hizo voto de obediencia á su sobrino Teodoro en presencia de muchas personas llamadas expresamente para presenciar este acto, é inmediatamente se encerró en una celda muy estrecha y muy incómoda, y tuvo la devocion de encadenarse un pié, pero teniendo tan oculta la cadena que casi ninguno lo conoció (1). Ocupábase perpetuamente en meditar las cosas eternas, en los mas viles trabajos de manos, y cuando mas en dar algunos consejos saludables á los hermanos que le iban á consultar.

Irene, despues de su odiosa revolucion de que se disculpaba bastante mal, envió

(1) Vit. S. Plat. cap. 6.

embajadores con algunos presentes para Carlo-Magno. Recelaba que teniendo este tantos motivos de queja contra ella, se valdria de esta nueva ocasion para apoderarse del esto de la Italia. Pero este príncipe ilustrado, dejando á Dios el castigo de los que no tienen otro juez, empleó antes bien todo su esfuerzo en aterrar para siempre la audacia y rebeldía en la persona de dos parriedas que en aquellas circunstancias osaron poner sus manos sacrilegas en la primera Cabeza del mundo cristiano. Dos perversos sacerdotes, Pascual, primicerio de la Iglesia romana y Campulo su tesorero, ambos parientes del difunto Pontífice Adriano (1), asaltaron con una tropa de malvados al Papa Leon que salia á caballo del palacio de Letran (799), y arrojándole por tierra le maltrataron con furor é hicieron cuanto pudieron por arrancarle la lengua y los ojos. Lleváronle al monasterio de San Silvestre, en donde repitieron sus crueldades para que careciese de la vista y de la lengua; bien que poco despues recobró una y otra en Spoleto, á donde le condujo el duque Vinigiso que habia volado con sus tropas á defenderle. Los autores y los personajes mas graves de aquel tiempo dan por milagrosa esta curacion, con tal conformidad sobre el hecho y las circunstancias, que no puede desmentirlos una critica imparcial. Teodulfo de Orleans dice: «es un milagro que el Papa continúe viendo y hablando, si sus asesinos ejecutaron el proyecto que habian formado de cortarle la lengua y sacarle los ojos; pero si habiendo tenido en su poder por tanto tiempo al Pontífice, no hubieran podido llevar á cabo sus intentos, este seria otro milagro todavia mas difícil de creer.»

Desconsolado Carlo-Magno por el ultra-

(1) Eginard. Loisel. Coint. ann. 799; Theoph. ann. 7 Const.

je hecho al Padre comun de los fieles, envió sin dilacion una embajada al Papa. No podia este recibir mayor consuelo, y así resolvió ir á ver á su generoso defensor. El rey salió á aguardarle á Paderborn, y desde allí envió á su hijo Pipino á recibirle con el archicapellan Hildebaldo, el conde Anscairo y otros muchos señores al frente de una numerosa guardia. Saló Carlo-Magno al encuentro del Soberano Pontífice á alguna distancia de la ciudad, seguido de todo su ejército y precedido del clero en órden de procesion. Al divisar al Pontífice hizo alto el rey, distribuyó sus tropas en tres cuerpos, y él se puso al frente del centro. El clero se dividió tambien en tres coros, y cuando llegó Leon, los eclesiásticos y la gente de guerra se postraron por tres veces, y en cada una decia el Papa una oracion. El rey y el Pontífice se adelantaron cada uno por su lado para abrazarse, lo que no pudieron verificar sin verter lágrimas. Entretanto los franceses, que no podian apartar sus ojos del Pontífice, y le veian hacer uso de su vista y de su lengua, porque entonó inmediatamente el himno *Gloria in excelsis*, no salían de su admiracion, recordando la crueldad con que habia sido tratado. Dirigiéronse, pues, como en triunfo á la iglesia, en donde tributaron á Dios solemnes gracias antes de entrar en palacio.

Durante la estancia del Papa Leon en Paderborn, consagró la bella iglesia que el rey habia levantado en esta ciudad; y puso en ella algunas reliquias de San Esteban que sacó de Roma, para librarla del furor de los bárbaros que repetidas veces la habian reducido á cenizas. Antes pertenecia al obispado de Wurzburg; pero en razon á la distancia y por haberse multiplicado los fieles habia sido erigida poco antes en obispado, siendo su primer obispo Hatumare, que aunque bárbaro de origen, habia casi



mudado de naturaleza al recibir la vida de la gracia. Había estado desde niño en rehenes con Carlo-Magno, y fué tal su aprovechamiento en la ciencia y la virtud, que no hallaron otro mas digno de este importante ministerio. Esta Silla y la de Wurzburg tenían por metrópoli á Maguncia.

Por este mismo tiempo fué nombrado Teodorico primer obispo de Esclavonia, es decir, de los pueblos en parte hunos y en parte esclavones que habitaban al Oriente del obispado de Salzburgo, hasta el sitio donde el rio Drave entra en el Danubio (1). El príncipe Pipino, hijo de Carlo-Magno, había dilatado hasta allí el imperio francés con sus victorias contra los hunos, y el monarca se aprovechó de la vacante de la Silla de Pasau por muerte del arzobispo Valderico, para que se devolviese á la iglesia de Salzburgo la dignidad de metrópoli de Baviera que antes había gozado. Al mismo tiempo encargó al nuevo arzobispo, llamado Arnon, que fuese á las tierras conquistadas á establecer ó afirmar la Religion, lo que admitió Arnon con gusto é hizo allí mucho bien; pero conoció que se podían esperar mayores frutos si hubiese un obispo destinado únicamente para aquellas gentes. Consagró pues á Teodorico, le llevó allá y le dió poder para levantar y consagrar iglesias, instituir en ellas ministros, y prescribir la disciplina conveniente sin mas limitacion que el que reconociese la superioridad de la Silla de Salzburgo. No por esto se dispensó Arnon de seguir trabajando cuanto podia en aquella abundante mies: sabia grangearse de un modo admirable la confianza de los grandes y del pueblo, y había conseguido tal autoridad, que hacia de ellos lo que queria, no solo escribiéndoles cartas elocuentes, sino con solo que le presentasen su nombre, y aun bastaba un pedazo de papel blanco.

(1) Vit. S. Rup. ap. Canis. tom. 6.

Encontraba mil recursos para conseguir sus fines y hacer amable el Evangelio. Cuando asistia á las juntas en que se presentaban los principales de aquellas poblaciones con un fausto bárbaro y con multitud grande de esclavos, sabia distinguir entre ellos los que ya eran cristianos. Convidábalos á su mesa, y él mismo les daba de beber en copas doradas, al mismo tiempo que sus señores, si aun eran paganos, se quedaban fuera como olvidados, bien que con vino y viandas, pero sin que ninguno se creyese obligado á obsequiarles y servirles. Preguntaban ellos la causa de esta diferencia, y respondia: «Machados como estais por vuestras culpas personales y por la impureza de la idolatría no sois dignos de comunicar con los que han sido purificados en el baño de la salud.» Estas lecciones, acomodadas á la dureza de sus genios, les inspiraban deseos de instruirse en la Religion cristiana y de pedir con ansia el bautismo.

Así el obispo Arnon se hacia todo para todos; era hombre á propósito para los asuntos mas delicados y capaz de tratar con las personas de mérito y de primera clase; fué uno de los comisionados de confianza que en el año 799 envió Carlo-Magno á Roma para contener los alborotos que Pascal y Campulo fomentaban todavía. Ya que estos dos malvados no habían podido conseguir la perdición de Leon por medio de la violencia, intentaron contra él acusaciones en forma, relativas al menos en parte al gobierno temporal, y enviaron un libelo al rey (1). El solo nombre de los acusadores bastaba para desvirtuarlas, y así el rey no hizo gran caso de ellas; pero como estaba persuadido que solo el que aunque falsamente pueda llegarse á entender que se detiene el curso de la justicia, puede ocasionar funestos inconvenientes envió con Arnon otros prelados y señores,

(1) Anast. in Leon. III.

hasta siete obispos y tres condes, al mismo lugar de donde venia la queja. Examinaron estos con detencion el punto, y vieron que el Papa era inocente en todo, y remitieron al emperador en última apelacion el juicio de los acusadores, los cuales así vinieron á ser los acusados. El Papa Leon tornó á entrar en Roma como en triunfo: el clero, los señores, el senado, la milicia, y hasta las religiosas salieron á recibirle, llevando estandartes y cantando himnos. El rey en el año siguiente emprendió su cuarto viage á Roma, y le salió al encuentro el Papa á cuatro leguas de la ciudad. Agólpóse también el pueblo celebrando los hechos del rey en todas lenguas; porque en esta gran ciudad, reputada principalmente entonces por patria comun de los cristianos, siempre había un número considerable de gente de todas las naciones del universo. No cesaron las aclamaciones y gritos de alegría hasta que el monarca se apeó del caballo á la puerta de San Pedro. Acompañado el Papa de los obispos y de todo el clero, le recibió en las gradas, le dió la bendicion y le introdujo en la iglesia. Reunió Carlo-Magno algunos dias despues en el mismo lugar los obispos, los abades, y todo el clero con la nobleza francesa y romana. Sentáronse el Papa y el rey, y mandaron tomar asiento á los obispos y abades, quedándose en pié los sacerdotes y los señores. Anuncióse que el objeto de esta asamblea era el exámen de la causa del Papa, pero nadie se presentó á sostener las acusaciones. Los prelados que formaban un Concilio particular y de poco número, temieron hacer de jueces, y dijeron con respeto: «Nosotros no nos atrevemos á juzgar á la Silla apostólica, Cabeza de todas las iglesias: esta Santa Sede y su Pastor son antes bien los que á todos nos juzgan: esta es la antigua costumbre. Que el Soberano Pontífice nos mande, segun su costumbre, y nosotros obedecemos.»

«Y yo, añadió el Papa, quiero seguir las pisadas de mis antecesores y estoy pronto á sincerarme de esas calumnias con que se ha querido denigrarme.» Reuniendo de nuevo al dia siguiente al clero y á los señores tomó el libro de los Evangelios, subió al púlpito y pronunció en alta voz este juramento: «Yo Leon, Pontífice de la santa Iglesia romana, *motu proprio*, y con libre voluntad, juro delante de Dios que está leyendo mi alma, en presencia de sus ángeles, del bienaventurado Apóstol San Pedro, y de todos los que me oís, que no he ejecutado ni mandado ejecutar las acciones criminales que se me imputan: invoco por testigo al Juez Supremo, en cuyo tribunal hemos de presentarnos todos, y á cuya vista estamos en este momento. Obro así sin estar obligado á ello por ley alguna, y no quiero que este ejemplo sea de consecuencia para mis sucesores.» Mas que satisfecho Carlo-Magno con esta accion, que consintió no tanto por vencerse cuanto por la pública edificacion, ya no pensó mas que en restablecer la calma; y esto lo hizo con tal prudencia, bondad y dignidad, que no sabia Roma en su entusiasmo cómo manifestarle su reconocimiento y adhesion. El Papa, de acuerdo con los principales señores resolvió hacerle proclamar emperador de Occidente, para lo que solo le faltaba el título; pues así por los derechos de nacimiento como por los de conquista era realmente dueño de las Galias, de la Germania y de las vastas regiones del Norte, á las que no habían llegado las armas romanas; de la Panonia, de parte de España, de la Lombardia, y por último de Roma, cuna de los Césares y de su imperio. Además, en cuanto á los respetos de atencion, se había degradado la magestad de la nueva Roma, pasando á las manos de una muger, la cual por otra parte había envilecido su propia persona, despojando indigna-



mente de la vida á su hijo y su emperador. Estaban de acuerdo en esta resolución el clero, la nobleza y el pueblo romano; pero la tuvieron igualmente secreta, ó porque recibían que la inutilizase la modestia del monarca indiferente á las honras como digno de merecerlas, ó porque pretendían que fuese mas honorífica esta elevacion, portándose de modo que ninguno pudiese sospechar que la había solicitado.

Como quiera que sea, ello es que el dia de Navidad del año 800, deseando el rey ir á los oficios que se celebraban en la basílica de San Pedro, le rogó el Papa que se vistiese de patricio para regocijar al pueblo romano al ver el soberano de tantos Estados en aquel dia grande con solos los adornos de protector de Roma (1). Quitóse el príncipe el traje ordinario, vistióse una túnica larga con un manto rozagante, el cual levantado por un lado venia á unirse en el hombro izquierdo. No pudo el pueblo contener su gozo al verle, y prorrumpió en largas aclamaciones. Carlos entró en la iglesia y se arrodilló; y entonces en la asamblea mas augusta que pudo formar el universo, y en presencia de Carlos su primogénito, de Pipino, su hijo segundo, rey de Italia, y de las princesas sus hijas, es decir, de toda la familia Real á escepcion de Luis, rey de Aquitania, á quien había dejado en Francia; á vista de toda la principal nobleza del Occidente, de inmenso pueblo y de un poderoso ejército, el Papa vestido de pontifical para celebrar los divinos misterios, se acercó al monarca y le puso en la cabeza una corona de brillante pedrería, siendo al punto aclamado á una voz por todas las órdenes de ciudadanos. *Vida y victoria á Carlos Augusto, grande y pacífico emperador de romanos, coronado por la mano de Dios.* Repitieron por tres veces estas voces con las

(1) Theoph. an. 7; Const. p. 399.

mas vivas espresiones de alegría. El Papa ungió primero al monarca, despues á Carlos su primogénito, y prosternáse ante el nuevo emperador fué el primero que le presentó sus homenajes. Celebráronse los santos misterios, y poco despues Carlo-Magno que había llevado de Francia lo mas precioso de sus tesoros, prodigó tales riquezas á la Iglesia que dan causa para pensar que en su reinado no eran menos comunes que hoy el oro y la plata. Este héroe había reconquistado de poder de los bárbaros los ricos despojos que ellos sacaron de Roma en otro tiempo, y creyó su piadosa generosidad que debía restituirlos á las iglesias que ellos habían despojado. Ascendia á doscientas libras el peso del oro empleado en vasos y otros sagrados ornamentos, pero sería difícil calcular el peso de la plata, y aun mucho mas el determinar el valor de la pedrería.

Pero el objeto capital del viage de Carlo-Magno era vengar el atentado contra la persona del Vicario de Jesucristo, castigando á los culpables con tal rigor que quitase las ganas de repetir semejante escándalo. Formóse, pues, el proceso de Pascual y de Campulo, y se les hizo comparecer en presencia del emperador, de los prelados y los señores legos. Echábanse la culpa los dos malhechores el uno al otro, y se reconvenían mutuamente. Fueron condenados á muerte segun la ley romana, pero intercedió por ellos el Papa Leon, y pidió que la pena de muerte se conmutase en la de destierro: el emperador, que era enemigo de la efusion de sangre, lo otorgó, tanto por la generosidad del ofendido como por la amistad que había profesado al Papa Adriano, de quien los culpables eran parientes (1).

Cuando llegó á Constantinopla la noticia de que los romanos habían proclamado em-

(1) Anast. in Leon. III.

perador á Carlo-Magno, concibió grandes sospechas la emperatriz Irene de perder á lo menos la Sicilia y la parte de Italia que aun poseía. Envió, pues, embajadores al nuevo colega con pretesto de felicitarle por el mismo título que causaba sus recelos; pero parece presumible que estos ministros tenían una comision mas delicada é importante si se ofrecia ocasion de cumplirla, á saber, la de proponer el enlace de la emperatriz de Oriente con el emperador de Occidente, ó por lo menos de significarle la inclinacion de Irene en este punto. Envió Carlo-Magno tambien una embajada á Constantinopla, y la pasion ó política de Irene parecieron quedar satisfechas. Lisongeábase ya con la feliz reunion de los dos imperios, cuando Nicéforo, patricio y tesoro mayor, sublevó los grandes, descontentos porque se cercenaban sus pensiones para aminorar los impuestos y grangearse el afecto del pueblo (1). Este inconsecuente pueblo siempre engañado, se reunió con los señores. Arrestaron á la emperatriz y la desterraron á la isla de Lesbos, en donde espiró poco despues, habiendo reinado sola cinco años.

Subió Nicéforo al trono en 31 de octubre de 802 á vista de los embajadores de Francia, que fueron testigos de una revolucion tan inesperada. Procuró cuanto pudo aminorar el horror que les pudiera inspirar su perfidia contra su bienhechora, manifestándoles que había preservado al emperador de la vibora que queria abrigar en su seno, enlazándose con una parricida que habría sido esposa tan cruel como madre desnaturalizada había sido. Los embajadores que se veían á discrecion del tirano manifestaron quedar satisfechos. Por otra parte, Carlo-Magno que al paso que hacia la guerra con valor la temia y ansiaba la paz principal-

(1) Theoph. ann. 1 Nicéph.

mente en la decadencia de su edad para corregir en las costumbres de tantas naciones nuevamente convertidas lo que no convenia á la pureza del Evangelio ni á la policia del Estado, pensaba tambien arreglar su sucesion de modo que no hubiese guerra civil ni discordia entre los tres príncipes sus hijos. Eran sumamente favorables todas estas consideraciones á las miras de Nicéforo, quien envió sus embajadores con los de Francia, y concluyeron un tratado en virtud del cual Carlo-Magno y Nicéforo habían de tomar el nombre de Augustos, llamándose Carlo-Magno emperador de Occidente, y Nicéforo emperador de Oriente; todo el pais de Italia, desde el Vulturno hasta el mar de Sicilia, perteneceria á los emperadores de Oriente, y todo lo demás, con las dos Panonias, la Dacia y la Dalmacia, al imperio de Occidente.

Libertóse así Nicéforo de un enemigo tan terrible, aunque no por eso estuvo mas tranquilo en sus propios Estados. Era iconoclasta y maniqueo, y por sus costumbres tan depravadas como sus principios no tardó en verse aborrecido de sus mismos súbditos. Aun no había reinado un año, cuando Bardanes, gobernador de Nativolia, llamado el Turco sin que sepamos por qué, vióse obligado por sus tropas á tomar el título de emperador; pero era un hombre de buenos sentimientos, porque encontrando resistencia en Constantinopla le dió horror el considerar que iba á ocasionar muchas muertes y desórdenes, y así abdicó bajo promesa por sí y por sus partidarios de no recibir indemnizacion alguna, y tomó el hábito de monge en un monasterio que él había fundado. Violaron algunos dias despues aquel asilo unos desconocidos, y sacaron los ojos á Bardanes. Nicéforo, que era aventajado en hipocresía, juró vengarse; pero no practicó diligencia alguna.

Habiendo fallecido el patriarca Tarasio